



*Los actores desconocidos. Una aproximación  
al conocimiento de los estudiantes,*  
de Adrián de Garay Sánchez \*

*reseñado por Alicia Vistrain Juárez\*\**

La educación superior en México se ha caracterizado como un tema de controversia, interés e importancia desde hace ya varios años. Su propio desarrollo y crecimiento en México, dentro del escenario de la modernidad, ha hecho necesario profundizar en estos temas, y con ello tener panoramas diversos que nos ayuden a entender a nuestras instituciones de educación superior (IES).

Se vuelve entonces imprescindible abordar investigaciones que nos hablen del financiamiento a la educación superior pública, la privatización de la educación en México y las políticas públicas implementadas por el gobierno federal y los estatales, así como de los programas dirigidos al desarrollo del cuerpo docente, la existencia de los sindicatos en las IES y los apoyos a la investigación como parte de la producción de conocimiento, entre otros temas, acerca de los cuales se ha generado un sinfín de sugerentes trabajos. Con ellos nos adentramos en el conocimiento de los distintos actores que participan en la educación superior en México.

Sin duda alguna, otro actor de suma relevancia en las IES es el *estudiante*. Alrededor de los estudiantes existen algunos trabajos que los relacionan con las autoridades universitarias, el cuerpo docente o los movimientos políticos y sociales, como lo fue hace unos años el tema del paro estudiantil en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y la conformación del Consejo General de Huelga (CGH). Pero, ¿quiénes son los estudiantes de nuestras IES?, ¿cómo son en su tránsito por estas instituciones?

Adrián de Garay se introdujo en esta temática y nos ofrece un trabajo de investigación que lleva por título *Los actores desconocidos. Una aproximación al*

\* Adrián de Garay Sánchez, *Los actores desconocidos. Una aproximación al conocimiento de los estudiantes*, Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior, México, 2001.

\*\* Ayudante de investigación del Área de Sociología de las Universidades, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.

*conocimiento de los estudiantes*, en el que nos brinda un panorama cercano de los estudiantes de las IES.

Se trata de una investigación de carácter descriptivo que nos permite acercarnos a este actor, por demás importante, para lograr de esta manera “promover la realización de diversos programas de investigación” que retomen la importancia de la estancia de los estudiantes en nuestras IES.

Resulta curioso, señala de Garay, que no se cuente con suficiente información sobre ellos al momento de generar e implementar políticas nacionales e institucionales dirigidas al sector estudiantil, por lo cual no se han logrado los resultados esperados. Si conocemos a estos actores podremos diseñar y llevar a cabo políticas institucionales que ayuden a disminuir diversos problemas que enfrentan actualmente las IES, como son las tasas de rezago y deserción, de egreso y titulación y “sobre todo, formar jóvenes más cultos y mejor habilitados” para su vida profesional (p. 12).

Así, la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES) se comprometió a apoyar un estudio sobre los estudiantes mexicanos de nivel licenciatura, cuya cifra nacional rebasa hoy los 2 millones de personas. Dicho trabajo nos sorprende al dar a conocer qué es lo que piensan los estudiantes de las IES en su paso por ellas.

El estudio se realizó con un muestreo aleatorio simple levantando encuestas en distintas ciudades de la República Mexicana,<sup>1</sup> en 24 instituciones de educación superior, con un total de 9,811 casos. El análisis plantea, además de las comparaciones entre ciudades, comparaciones entre tres subsistemas como son las universidades públicas, las universidades particulares y los institutos tecnológicos. La muestra nos ofrece un panorama muy amplio de los estudiantes de las IES, con la salvedad de que “no es analíticamente válido establecer, con los resultados obtenidos con este estudio, generalizaciones a nivel nacional”.

De Garay expone algunas variables que nos muestran el origen y situación social de los estudiantes. La *edad* promedio de los estudiantes, como dato inicial, es de 21 años. Hay proporciones de edad distinta, a cuyas causas hay que poner atención. Existen alumnos que van desde los 17 hasta los 19 años en un rango, pero también los que tienen 25 años o más, en otro; es decir, éstos tienen un ingreso tardío a las IES de acuerdo con la edad promedio supuesta; ¿qué hace la diferencia? Intervienen otro tipo de variables como el *estado civil*, aunque es notable que la mayor parte de las personas que estudian ha decidido no estar casada, a diferencia de los demás jóvenes que por alguna razón no están inscritos en las IES; también interviene *si tienen hijos*, su *condición laboral*—de acuerdo con los resultados obtenidos, 32 de cada 100 trabajan—, y si su trabajo está o no *rela-*

<sup>1</sup> Las ciudades donde se realizó el trabajo de campo fueron Tijuana, Monterrey, Colima, Pachuca, México, Oaxaca, Veracruz y Mérida.

cionado con su campo profesional. Estas dos últimas variables provocan que los que trabajan tengan una identidad dividida entre dos realidades distintas (p. 34). Otras variables son si tienen *dependientes económicos*, con qué *recursos económicos* cuentan para su propio desarrollo académico —hay que advertir que esta variable depende mucho de los referentes económicos, sociales y culturales, aunque “más allá de las diferencias que puedan existir en la percepción de los estudiantes, vale la pena reconocer la importancia de la representación imaginaria que sobre sus condiciones económicas se construyan” (p. 38)—, la *valoración familiar de los estudios*, la propia *escolaridad de los padres*, que advierte de desigualdades ambientales en casa (p. 41), y en donde los resultados muestran que “sólo una minoría de los estudiantes de los establecimientos públicos cuenta con los referentes culturales y simbólicos exigidos por las instituciones de educación superior” (p. 43), y su *trayectoria escolar previa*, la cual se ve claramente segmentada en los resultados.

La mayor parte del cuerpo docente y de las propias autoridades ha pensado que estudiar una carrera es una práctica sencilla, algo normal; pero los propios estudiantes muestran que al margen del origen social, también las condiciones de estudio en casa permean su desarrollo escolar. Si bien la mayoría declara tener un espacio privado de estudio, ¿cómo es este espacio?, ¿con qué herramientas cuenta?

La mitad de los alumnos de la muestra declara que tiene equipo de cómputo en casa para realizar tareas, pero ¿cómo hace la otra mitad para realizarlas, ante el hecho de que muchos de sus profesores exigen el trabajo en computadora? De este porcentaje con equipo de cómputo en casa, el 61.8% no tiene acceso a internet, ¿desde dónde navega?

Otro cuestionamiento que se hace de Garay es: ¿cómo es la disponibilidad de tiempo de cada uno de los estudiantes? Sin duda alguna, hay muchos escenarios: “los alumnos invierten tiempos diferenciales en la escuela, en tomar sus cursos, en hablar con sus profesores, trabajando en la biblioteca o el centro de cómputo, algunos desayunan, almuerzan o comen y practican deportes” (p. 61) Y qué decir del tiempo de traslado casa-escuela-casa, “viajar a la escuela en camión o en automóvil particular no sólo puede ser un indicador de diferenciación económica y social entre los alumnos, en general marca también disparidades en la duración de los traslados y, en consecuencia, en la disponibilidad de tiempo para los estudios, así como en el desgaste físico y emocional que puede representar el medio de transporte que utilizan” (p. 61).

En general, todos sabemos cuál es el objetivo de expandir las oportunidades de acceso a las IES en la modernidad, pero se ha puesto poca atención en los factores que intervinieron para que los estudiantes haya decidido cursar una determinada licenciatura. Así, desde su punto de vista, se va perfilando la vocación, las oportunidades de empleo o la influencia ejercida por los padres, todo lo cual, en ese orden de importancia en los resultados, nos permite conocer los elementos de toma de decisión.

Estos elementos tienen que ver con “la percepción que los estudiantes de nivel superior se construyeron sobre las oportunidades de empleo futuro para decidir la carrera que están cursando” (p. 75). Sin embargo, al momento de estar siguiendo esa licenciatura de su elección, se van reconstruyendo las expectativas que previamente tenían. Por supuesto, nos enfrentamos no sólo a la voluntad plena de los estudiantes sino también a una realidad política, social y económica del país; ¿cuántos de nuestros alumnos desempeñarán actividades propias de su nivel de escolaridad? (p. 76). Pese a esto, resulta interesante saber a qué tipo de espacio laboral pretenden incorporarse. La mayor parte se inclina por laborar en empresas privadas, excepto en la ciudad de Tijuana y Oaxaca donde, según lo declaran, preferirían poner un negocio propio o ser profesionistas independientes, respectivamente.

Un tema relevante del estudio es poner en claro que los estudiantes no son iguales en todas las ciudades, no piensan ni se desarrollan igual, cuestión que se debe tomar en consideración para la implementación de políticas públicas de elaboración de programas de estudio, ofrecimiento de servicios universitarios, etcétera.

De Garay apunta con fuerza que averiguar las distintas prácticas y modalidades de estudio que llevan a cabo los estudiantes durante su trayectoria académica es un asunto imprescindible. Indagar cómo la tarea pedagógica genera determinados hábitos duraderos, trasladables y exhaustivos (p. 95). Podemos saber, entonces, que las frecuencias de las prácticas escolares muestran que en las universidades públicas se es más constante para asistir a clases, con qué puntualidad los alumnos llegan a clases y si las preparan o no. Por cierto, el 45% de los estudiantes declara que no prepara sus clases, lo cual lleva a las preguntas: ¿cómo lograr entonces una excelente formación profesional? (p. 98) ¿por qué no preparan sus clases?

También trabajó de Garay con variables que nos indican las horas que dedican a las lecturas y a los trabajos, y las estrategias para obtener sus materiales de estudio: “No cabe duda que la vida estudiantil es altamente compleja y heterogénea, ya que los mecanismos y estrategias que emplean los alumnos para hacerse llegar los materiales bibliográficos necesarios para sus trabajos escolares son diversos” (p. 107).

Con el fin de complementar este conocimiento se hace necesario determinar también la calidad y la frecuencia de la asistencia de los alumnos a los servicios que ofrecen las IES, como los servicios de biblioteca, librería, fotocopiado y centros de cómputo. Sobre estos últimos, resulta novedoso saber que las cifras muestran que en el subsistema de educación particular aprovechan más este recurso (45.4% de los encuestados), siendo esta misma población la que en apartados anteriores declaró que en su 80% tenía equipo de cómputo en casa. En contraste, en el subsistema público, además de que es menor la proporción de asistencia frecuente, una tercera parte del total declara que nunca o casi nunca asiste. Anota de Garay que “es probable hacer la hipótesis de que la misma habilitación

y familiaridad que los alumnos de instituciones particulares han logrado adquirir, por contar en sus casa con computadoras, los lleve a un mayor empleo de las nuevas tecnologías en la escuela y el hogar” (p. 112). En cuanto a la opinión de calidad del centro de cómputo, los alumnos los evalúan como muy buenos, sobre todo en Colima y Pachuca: 43.4% y 35.2% respectivamente, mientras que en Oaxaca tan sólo el 8.9% los califica así y, por el contrario, los oaxaqueños declaran, muy por encima de las otras ciudades, que no tienen centro de cómputo (21.3%).

Vale la pena preguntarse “hasta qué punto el modelo educativo existente en amplias zonas de nuestras instituciones se caracteriza por la pasividad, uniformidad, redundancia y anacronía, donde el desarrollo y cultivo del conocimiento y el saber ocupan un segundo plano, y lo que predomina, tanto en el estudiantado como en el profesorado, con la complacencia de las autoridades educativas, es el lema de yo no exijo para que no me exijan. Los profesores hacen como que enseñan y los alumnos hacen como que aprenden. A los primeros les interesa más devengar un salario, a los segundos adquirir solamente un certificado” (p. 102).

Armar un panorama general de los estudiantes en las IES requiere abarcar la mayor posibilidad de temáticas, por lo que la organización de las sesiones de clase también revela quiénes son estos actores: “Aunque se trata de un entorno estable, donde los objetos físicos, las relaciones sociales y las actividades principales siguen siendo las mismas día tras día, en la educación superior se presentan diversas modificaciones con relación al sistema educativo previo. La principal de ellas radica, en la mayor parte de los casos, en el cambio paulatino de la relación entre el profesorado y sus alumnos” (p. 127). Así, los alumnos contestaron sobre la frecuencia con la que exponen en clase, preguntan a sus profesores; participan y discuten los diversos puntos de vista y hacen trabajos en equipo; incluso califican sus salones, laboratorios y talleres. A lo largo de este análisis, de Garay anota que “la complejidad para comprender la heterogeneidad de la vida escolar del estudiantado y sus múltiples diferencias es de tal magnitud que no es científica, ni éticamente válido pretender sostener que en un tipo institucional son mejores los estudiantes que en otro” (p. 144).

Elabora entonces un capítulo que nos habla de otro actor que participa en el salón de clases: el docente; ¿qué opina el estudiante sobre la labor del docente?, ¿qué piensa de su asistencia y puntualidad—en este aspecto por cierto también se encuentran diferencias entre ciudades—, de la presentación de programas de estudio, de la preparación de clases, de las exposiciones, de si los profesores hacen o no preguntas en clase, si aclaran conceptos, si dan asesorías? Se refiere de Garay incluso a lo que los estudiantes opinan acerca de si el profesor es conocedor de la materia o de si comunica los mecanismos de evaluación del curso.

La infraestructura y los servicios institucionales también propician un ambiente característico en las IES. Van desde la flexibilidad de horarios hasta las instalaciones deportivas y los servicios de cafetería, los cuales es claro que aproximadamente el 70% de los alumnos siempre o casi siempre utiliza. Se cuestiona

acerca de los servicios médicos, de la opinión de los estudiantes sobre ellos y de la frecuencia de su asistencia, y es importante saber que gran parte de la demanda de este servicio es por problemas de anorexia, chequeos ginecológicos, alcoholismo, obtención de información sobre el SIDA y fracturas. Incluso, es útil conocer la opinión acerca del servicio de sanitarios; en Oaxaca y el Distrito Federal tuvo una opinión menos favorable sobre éstos, apreciándolos como malos o muy malos, 50.7 y 46.9% respectivamente.

Finalmente, y no por eso asunto irrelevante, de Garay se interesa por conocer un aspecto que en la mayor parte de las IES se plantea dentro de los tres principales objetivos: las prácticas de consumo cultural. En general, la universidad ofrece la oportunidad de que los estudiantes tengan contacto con eventos culturales, pero hay muchos que buscan esta oferta fuera de las IES. Por supuesto, viene a colación nuevamente el tema de la propia apreciación, ya que las respuestas no enuncian la cantidad exacta de la asistencia, pero vale la pena saber cómo los alumnos se sienten ante su propia valoración de consumo cultural, sin olvidar que ésta puede ser un reflejo de sus recursos económicos. Es así como se obtiene información de la concurrencia a conferencias, a eventos musicales, al cine —que fue la opción que registra mayor frecuencia, probablemente por la expansión del cine comercial— y a funciones de teatro y danza —la que claramente deja ver sustanciales diferencias por ciudades, explicada por las propias tradiciones culturales de cada entidad—, así como de visitas a museos y de alguna participación en otras agrupaciones.

A lo largo de once capítulos, de Garay ofrece un panorama muy cercano a lo que son nuestros estudiantes: cómo se relacionan con sus profesores, qué piensan, qué hacen, qué les interesa o qué no les interesa. Nos deja ver que son actores heterogéneos, que tienen condiciones disímiles dadas por su contexto sociocultural, económico y geográfico. Que hay diferencias entre la universidad pública, la universidad particular y los institutos tecnológicos. Y es ahí donde debemos poner atención para la elaboración de programas de estudio, la implementación de técnicas pedagógicas y la realización de tareas que impulsen su desarrollo: “Las experiencias y condiciones sociales de los estudiantes son complejas y diversas, de tal manera que pensar a los sujetos educativos de acuerdo con un modelo único y acartonado es una falacia” (p. 64).

En síntesis, el trabajo de de Garay permite un acercamiento, a nivel nacional, al conocimiento de esos actores fundamentales en la vida de las instituciones de educación superior y de los cuales sabemos aún muy poco. Contribuir a llenar ese vacío de información, necesaria para emprender un trabajo analítico y en una etapa posterior diseñar políticas públicas en función de las características diversas y heterogéneas de los estudiantes, ha sido el esfuerzo del autor. Es probablemente una investigación pionera que brinda información abundante, bien presentada y analizada que facilita una mejor aproximación a este grupo complejo y numeroso que son nuestros estudiantes de educación superior.